

"Alea jacta est".

Recuerdo esas palabras como si de flechas se tratasen. Mi corta andadura y experiencia por primaria no había sido nunca tan magnífica como aquella. Él, nos condujo al complejo y caótico mundo de las letras y los números de una forma sutil y espléndida. Éramos capaces de cantar las tablas de multiplicar en orden ascendente y descendente e ir saltando entre los alumnos pares e impares de aquella estrepitosa lista.

La diferencia entre "hay, ¡Ay! y ahí" se convertía en un conflicto bélico de manos alzadas. La lectura pasaba a ser una carrera de obstáculos, dónde cronometrábamos la gran cantidad de vocablos que éramos capaces de leer en escasos minutos. A su vez, el punto, la coma y ambas en conjunto, consideraban un ejercicio de determinación y concentración entre los signos de puntuación. Todo ello, suponía un largo camino que no hacía más que enriquecernos, tanto personal como intelectualmente.

Los animales vertebrados, invertebrados, ovíparos, carnívoros y demás subconjuntos de Seres Vivos, nos abrían paso ante aquella relación de "nacemos, nos reproducimos y morimos". El pasado, presente y futuro se veían reflejados por esa gran cantidad de inventos que salían a la luz y nos convencían de ese cambio que todos esperábamos.

Pero lo que jamás olvidaré será ese primer planteamiento de Conocimiento del Medio: "Sólido, líquido, gaseoso".

Tendría nueve años y esa mañana había control. Cuando llegué a la fila, me posicioné en primer lugar y se los nombré para hacerle ver que me los sabía. Él me sonrió y me dijo "si fuiste capaz de memorizarlos, seguro que de entenderlos". (Pasados los años, comprendí a qué se refería). Como en cada examen, separamos los pupitres, repartió los folios y dijo: "Alea jacta est", y como si de un eco se tratase, todos al unísono contestamos "la suerte está echada". Y así prueba tras prueba, introducía latinismos y frases hechas que nos abrían paso hacia otras culturas.

Él y su manía de abrirnos los ojos ante hechos significantes, él y su manía de hacernos crecer, aprender, vivir, sonreír...

...

A día de hoy, después de más de una decena y media de años, puedo afirmar que cada uno de los docentes que se han cruzado en mi camino, han dejado en mí esa esencia por la que estoy aquí, persiguiendo un sueño.